

CAPITULO LII.

UN NUEVO CRIMEN.

guerra de ideas, entre el absolutismo del Norte, y el liberalismo del Mediodía; una guerra de razas, entre la raza germánica y la raza latina. Y yo creo, que el más cortante filo de un arma, es una idea; creo, que la materia más explosible, es el espíritu revolucionario; creo, que definitivamente sucumben las fuerzas consagradas á la reaccion y triunfan las fuerzas del progreso. El primer motor de una empresa política, es siempre una grande idea. Ese motor está hoy en París. Allí, sólo allí, se encuentra defendido el derecho humano. Allí, sólo allí, debe salvarse.

CAPITULO LII.

UN NUEVO CRIMEN.

Días 18 y 19 de Setiembre.
Esta guerra, que habia comenzado siendo por parte de Alemania una guerra defensiva de la soberanía política y de su independencia nacional, se ha convertido en una guerra ofensiva de la soberanía política y de la independencia nacional de los franceses. Esta guerra, que habia comenzado rechazando una conquista, se ha vuelto conquistadora. Esta guerra, que habia dirigido sus armas contra el gobierno más tiránico, contra el Imperio, las dirige hoy contra el gobierno más libre; contra la República. Esta guerra, desde la batalla de Sedan, es una guerra incomprensible. Yo entiendo bien que el rey de Prusia, como rey todavía enfermo de tendencias absolutistas, quiera ahogar la democracia en su cuna, la democracia, contra cuyas ideas y cuyos ejemplos no podia oponer ni cañones, ni hulanos. Pero no puedo comprender que el ejército alemán, compuesto de ciudadanos, se mueva á una señal de su jefe, y combata con igual encarnizamiento el Imperio y la República. Desde ahora, la guerra es una

guerra de ideas, entre el absolutismo del Norte, y el liberalismo del Mediodía; una guerra de razas, entre la raza germánica y la raza latina. Y yo creo, que el más cortante filo de un arma, es una idea; creo, que la materia más explosible, es el espíritu revolucionario; creo, que definitivamente sucumben las fuerzas consagradas á la reaccion y triunfan las fuerzas del progreso. El primer motor de una empresa política, es siempre una grande idea. Ese motor está hoy en París. Allí, sólo allí, se encuentra defendido el derecho humano. Allí, sólo allí, debe salvarse.

El prisionero de Cassel todavía no ha perdido sus esperanzas. Las tropas le presentan las armas, las músicas suenan cuando se renuevan las guardias; pajes le sirven, generales de su antigua corte le rodean, palacios de monarcas le albergan, las fuentes y las cascadas suenan á su oído como si todavía estuviesen en Saint-Cloud ó en Versalles. Algunas veces sale de este albergue, se dirige al camino de las aldeas vecinas; detiene á

los niños que vienen de las escuelas, y les pregunta por sus juegos y por sus estudios. Debía decirles, mirándolos fijamente, con sus ojos de ave de rapiña. Creced, creced en paz, no vendrá otro Napoleón á segar en flor las generaciones sobre los campos de batalla. Creced, estudiad, podeis consagraros á vuestras faenas, fundar la familia que dilata el corazón, estender los ojos por los trigos llenos de espigas, y las viñas llenas de racimos; vosotros sois el trabajo y la vida; yo soy la última sombra del Cesarismo y de la guerra.

Lo cierto es que el rey de Prusia se ha empeñado en reconocer como Emperador de Francia, al destronado por Francia. Un comunicado que publican los periódicos de Reims, donde tiene Guillermo de Prusia su cuartel general, dice que sólo reconoce el antiguo gobierno, y que el nuevo no le ofrece ningun género de garantía. Los cortesanos de Napoleón dicen á voz en cuello, que Prusia dará cuenta de la República y restablecerá el Imperio. Bismark acaba de redactar una nota que revela el alma de Napoleón III. La refiere al rey su primera entrevista con Napoleón, y la conversacion entre los dos habida. En esta conversacion hay una frase terrible. «Yo, dijo el César, no queria la guerra; y deploro con doble motivo sus desastres. Yo no la queria, me la impuso la opinion del pueblo francés.» No hay palabras para calificar tamaño infamia. Al vencedor, ébrio de sangre, le enseña la víctima, el pueblo francés. En la hora de dar cuentas, descarga la responsabilidad sobre la nacion que ha hundido, amor-

dazado, puesto en tutela, reducido á no tener ni más voluntad, ni más pensamiento, que la voluntad y el pensamiento de su César. En Francia, ni hay ni puede haber otro responsable de la guerra como de todas las calamidades presentes, que el Emperador Napoleón.

Él pidió las plazas del Rhin á Prusia, en premio de su neutralidad, cuando las batallas y la victoria de Sadowah. Él arregló la cesion del Luxemburgo, que estuvo á punto de hacer estallar el horrible volcan de la guerra hace dos años. Él se echó en el rio de sangre por salvar su dinastía y por desasirse de la libertad. Él fué quien no se satisfizo con la renuncia del príncipe Leopoldo á la corona de España. Él quien dictó á Grammont, á ese imbécil, como le llama Bismark, la declaracion de guerra. Él quien aumentó las cifras del ejército prusiano, cuando Francia tenia cuatrocientos mil hombres, y Prusia un millon doscientos mil. Su impericia diseminó los cuerpos de ejército, para que el enemigo los cortara y los deshiciera fácilmente. Su miedo impidió que la retirada de Bazaine sobre Chalons, fuera más rápida. Su desconfianza de las grandes ciudades, le aconsejó sostener grandes guarniciones y apartar al nuevo ejército, á tanta costa formado, de los muros de París, y estrellarlo sobre las piedras de Mezieres y de Sedan. Él, sólo él, es responsable de todas las desgracias francesas. Sobre su frente, y sólo sobre su frente, caerán el odio del género humano, las maldiciones de la historia, y la justicia de Dios.

CAPITULO LIII.

LA ANTIGUA Y LA NUEVA DIPLOMACIA.

Dia 20 de Setiembre.

Un tratado de paz honrosa para Francia seria hoy la salvacion del mundo. Aparte de las heridas que restañaria, de la sangre que guardaria en las venas de la humanidad, hoy exánime, sus resultados más inmediatos y más seguros, serian la afirmacion de la República. Y la afirmacion de la República á su vez, seria la paz, seria la libertad, seria la conclusion de la edad conquistadora y el comienzo de la nueva edad, seria el triunfo definitivo de la justicia.

La República ha encargado el ministerio de procurar la paz, de infundir esta idea en los gobiernos extranjeros, al gran orador, Thiers. La eleccion es desacertada. Tiene incontables simpatías Thiers en los gobiernos de Europa, mas pertenece á la antigua diplomacia, tan admirablemente enterrada en los manifiestos sencillos, enérgicos, verdaderos de Julio Favre, el diplomático de la República.

Además Thiers ha contribuido como nadie á la guerra. Sus antiguos discursos iban todos

encaminados á herir la fibra del patriotismo francés, y presentarle como una necesidad para su grandeza y su influjo en el mundo, la destruccion de la unidad germánica y de la ciudad italiana. Thiers ha dicho que á Francia le convenia hallarse rodeada de naciones pequeñas, débiles, desmembradas, incapaces de oponer sus fuerzas á las fuerzas del pueblo francés, poderoso siempre por la sublimidad de su historia, por la universalidad de su lengua, y por sus treinta y ocho millones de ciudadanos.

Con estas ideas de exclusivismo y supremacia difícilmente se abrirá paso en el ánimo de los gobiernos extraños que hoy ven con grande indiferencia la suerte de Francia. El egoismo humano es repugnante en los individuos, más repugnante en los pueblos. El hombre no vive si no vive en la familia, en la patria, en la humanidad donde quiera que su corazón y su conciencia se dilatan. Y los pueblos no viven cuando se apartan de la comunión con los demás pueblos. El pueblo encerrado en su egoismo es tan inútil como el

pólipo sobre su roca, entregado, todo estómago, al exclusivo trabajo de su nutrición.

Las naciones de Europa no deberían abandonar á Francia en esta hora tremenda. Inglaterra debía recordar que Francia detuvo la marcha victoriosa de los rusos hácia Constantinopla. Austria debía recordar que el grito del pueblo francés impidió á Prusia llevar sus huestes más lejos de Sadowah. Italia debía recordar que las palabras de Francia, ese verbo de la civilización, obró el milagro de levantar la pesada losa puesta por la Santa Alianza sobre su sepulcro de mármol. Hasta Grecia, hasta Turquía deben á Francia, la una su integridad presente, la otra su independencia.

Y débiles, cobardes, silenciosos, la dejan asesinar, dejan estirpar el corazón y el cerebro de Europa. Si cae Francia ¿qué nación nos

servirá de mediador plástico entre todas las naciones? Si cae ¿qué lengua difundirá á las ideas humanas por todas las conciencias? Si cae ¿qué Tribuna repetirá el llanto de los oprimidos? Si cae ¿qué pueblo llevará en el Sinaí ardiente de la revolución las tablas del derecho moderno?

Y mientras estas preguntas cruzan por mí turbadamente el telégrafo comunica noticias sobre noticias adversas. Una luneta de Estrasburgo ha sido tomada; Vinoy, que salvó algunos miles de hombres en Sedan, derrotada á las puertas de París; Versalles y Fontainebleau ocupados, el camino de hierro de Orleans interrumpido, el cerco de París completamente terminado. Dios salve la República, Dios salve la Francia.

LA REPÚBLICA EN EUROPA.

CAPITULO LIV.

LOS COMIENZOS DEL CERCO.

Días 21 y 22 de Setiembre.

El cerco de París ya está concluido. Una cintura de hierro circunda á la gran ciudad. Los ferro-carriles, ya están rotos, los puentes volados, las aldeas desiertas, las cosechas quemadas, los bosques humeando, y los ciudadanos bajo la amenaza del bombardeo y del incendio. El rey de Prusia se pasea por los inmensos salones de Versalles. El príncipe real de Prusia acampa en los bosques de Vincennes. Sus ejércitos no son hoy los ejércitos del duque de Brunswik vencido por el impulso de la táctica republicana, y los errores de su propia rutina, sino ejércitos de ciudadanos fanatizados por el ideal de una gran patria y una política de raza.

Los primeros hechos, no ocultemos las verdades tristes, han sido funestos á las armas francesas. Dos mil guardias movilizadas de Versalles han caído prisioneros. Sevres pide guarnición. El ejército de Vinoy, que escapó milagrosamente de Sedan, sucumbe. Parece que todo se vuelve contra nosotros, todo á favor de ese rey de Prusia que cree represen-

tar el derecho divino y la restauración del principio de autoridad en Europa, por las bombas cargadas de petróleo y los cañones gigantes, que despiden trombas de ruinas y de muerte.

Pero los amigos de la libertad aun tenemos una esperanza, París, París. La gran ciudad no puede renunciar á ser la capital gloriosa del género humano. Ella solo, ella comprende la inmensidad del sacrificio que la patria le exige y que necesita el derecho humano en esta suprema crisis. París demostrará que no en vano ha ejercido sobre Francia su grande influjo; que no en vano se ha llamado su primera ciudad; que no en vano ha jurado una y otra vez en las urnas su fidelidad á la República. Esta fidelidad será consagrada por una memorable defensa que recuerde á los venideros, timbres semejantes á los inmortales timbres de Zaragoza y de Gerona.

Francia nos da una muestra de cuanto puede hacer tras los muros, en defensa de una ciudad, rechazando asedios, con su maravillosa defensa de Estrasburgo. *La Gaceta de*

Colonia trae datos que fortalecen nuestras esperanzas. Contra Estrasburgo han lanzado bombas diez y ocho baterías, que disparan cuatrocientas veces por día. Para conducir municiones á estas fraguas de la muerte son necesarios treinta wagones; ocho mil quintales de metal fundido llovieron los obuses sitiadores, sobre la ciudad en seis días. Cuarenta mil hombres la cercan á pesar de que su circunferencia es de seis kilómetros y medio. La circunferencia de la ciudad de París tiene treinta y tres kilómetros. Los fuertes se extienden como avanzadas de piedra por todas partes y llevan muy lejos los ródios de la defensa. Cincuenta y siete puertas abren paso á la inmensa ciudad. Más de mil piezas de artillería son necesarias para batir á París. Cuatrocientos mil soldados la defienden. Dos-

cientos wagones son necesarios para conducir diariamente la metralla indispensable contra esos fuertes, contra esos hombres, contra esa ciudad. Doscientos millones de francos exige un mes de sitio. Estos esfuerzos, y una resistencia heroica pueden arruinar á Alemania. Bismark no debe en su gran talento ignorar todas estas dificultades. Así comienza ahora á reconocer imposible una restauración napoleónica. Trata en el palacio de Rostchild, con Julio Favre sobre las condiciones de la paz. Se entera del espíritu que reinará en la próxima Asamblea Constituyente. Y dirige una circular á sus agentes diplomáticos en el extranjero, una circular llena de sensatez é inspirada en verdadero espíritu de conciliación. Que la conciencia humana le hable; que le ilumine la razón universal.

CAPITULO LV.

MAS GUERRA.

Días 23 y 24 de Setiembre.

En medio de estas grandes angustias apenas tiene tiempo el pensamiento humano para fijarse en los hechos que pasan como un huracán á nuestros ojos. El poder temporal de los Papas ha caído. Con él acaba de arruinarse la clave que sostenía el edificio feudal de la Edad Media. La razón humana que ha resistido tanto tiempo el sayal y el cilicio se levanta. El Te-Deum de la libertad sale de todos los labios. En el momento mismo en que se habia declarado infalible, y puesto su poder temporal entre los dogmas de fé, el Papa siente el rayo de las ideas sobre su cabeza derriéndole la corona de rey, el huracán revolucionario bajo las plantas desarraigándole el carcomido trono. Un lijero asalto, una defensa de pura ceremonia, han bastado para abrir de par en par las puertas de la ciudad eterna al espíritu de Italia. Volverá al foro la libertad civil, volverá la palabra humana á resonar en la Tribuna de los Rostros, el derecho democrático subirá á su Sinaí que es la montaña Aventina, la República reaparecerá sobre

las piedras del Capitolio sagradas por el recuerdo de sus legisladores, de sus héroes; y el poder, que pugnaba por hacer de Europa una inmensa Asia, soñolienta y hechizada por los filtros de inmóvil teocracia, se habrá hundido en la noche de los sepulcros, ahuyentada por el amanecer del eterno día del derecho.

Días 25, 26 y 27 de Setiembre.

Por globos aereostáticos, enviados desde París á Francia ansiosa, tenemos noticias que, unidas á las del telégrafo prusiano, pueden darnos alguna luz para mirar los tempestuosos acontecimientos. De la entrevista habida en la gran quinta donde el rey de los judíos, y el judío de los reyes, Rostchild, enseñaba á sus papagayos á gritar, viva Napoleón; de la entrevista de Ferrieres, en que Otto Bismark y Julio Favre han hablado de la paz, resulta que tendremos guerra, y guerra á muerte, sangrienta, horrible, como la desesperación de un gran pueblo.

Lo lamento por las ruinas que sembrará sobre el suelo, por los dolores que sembrará